

## **Desigual (autor: Adya Shakti)**

Todos sabemos que septiembre no es un mes fácil, y además, había cometido el error de querer llevar a mi hija de 3 años conmigo al centro, ingenuamente, planeando una sencilla tarde de compras. Había pasado lo peor de la maternidad- decían- y esas 7 horas que conseguía ya dormir de seguido me dejaban energía libre para fantasear con D. y yo de tiendas juntas, disfrutando de un viaje como compañeras, de cenitas en un japonés.

Pero como septiembre no es un mes fácil para el 74 % de la población (sumando a los que no se pueden pagar unas vacaciones -o han acabado hasta el gorro de la familia- o se han divorciado/piensan en divorciarse - o les pasan todas estas situaciones a la vez) al señor autobusero le pareció que mi hija con sus piernitas cortas tardaba mucho tiempo en subir los escalones, y que su madre no era lo suficientemente hábil como para: subirla, sentarla, sacar mi tarjeta del canastillo aforo completo y pasarla por el lector... en menos de 3 segundos. Así que el señor decidió gritarnos a ambas. Consideré que esta muestra de violencia era un mal menor que no debía ser contestado, y que por lo menos, ya había librado a la niña de un buen golpe, cuando mis reflejos la salvaron de que le atropellara el cierre de la puerta. Yo empezaba el día conformándome con muy poco, la verdad.

D. estaba muy contenta, por primera vez sentada a mi lado, como una mayor. Observaba a los pasajeros con mucha atención. En eso se parece a mí. En lugar de fijarse en las cosas o en los paisajes, a D. le interesan las personas. Pero este no es siempre un sentimiento recíproco. Así que la escena se desarrollaba más o menos así: D. miraba sonriente a la gente y yo miraba a D. La gente miraba a su móvil. Las pantallas reflejaban rostros aburridos, deprimidos, hipnotizados y enamorados, por ese orden. Al final, tuvimos la suerte de que la joven enamorada levantara su cara del apéndice tecnológico, procesara nuestra existencia y respondiera a la sonrisa de D. con gran agrado para ella... y enorme alivio para mí. Cuando llegamos a nuestra parada, saltamos de los escalones en una muestra de sincronidad, agilidad y precisión dignas del Circo del Sol. Miré orgullosa de nuestra proeza una vez más dentro del autobús, pero nadie nos había visto. Se me ocurrió pensar entonces que el próximo salto evolutivo de nuestra especie estaba ahí, a la vuelta de la esquina, y se dirimiría entre humanos-máquinas y humanos-humanos.

Esa idea de que nos encontramos inmersos en una película de zombis me lleva asaltando a ratos, durante los últimos años. La enorme marabunta que nos recibió en Callao amenazando con pasarnos por encima, no ayudó a que desechara la hipótesis distópica. Así que fuimos vadeando hacia una esquina, intentando mantener las manitas unidas: yo con D. y D. con su muñeca, esquivando a los que venden oro, a los precarizados que buscan socios, a los desarrapados de ojos dulces pero mirada pérdida, a los oficinistas, a los nómadas digitales y a los inmigrantes (que por alguna torcida razón no son lo mismo), pero sobre todo, a los más peligrosos, los turistas con ojos inyectados de consumo. Pensé que era una pena que ya no estuvieran los que daban abrazos gratis. Lo que en su momento me dio mucho pudor, ahora sería una bella imagen para el recuerdo de D., teniendo en cuenta el estado actual de las cosas.

Pero como soy un ser humano con “nostalgia del absoluto” que diría Steiner, además de ver las sombras, siempre busco la luz que las matiza, por lo que se me ocurrió proponerle un juego a D. que nos permitiera ver más allá de las grisuras. “Un día, cuando tenía 4 años, mamá estaba muy triste. Entonces, una voz dentro de mí me susurró que siempre podía buscar algo bonito, algo bueno que mirar, aunque al principio no pareciera estar

allí... ¿Lo entiendes?”. Ella me miró con sus ojos grandes y sabios de anciana, “Claro que sí, mamá. Vamos a jugar, ¡empiezo yo!”.

Y comenzamos a ver. Vimos nubes con formas de dragones, gatos y tartas. Una librería donde D. iba a escribir libros de mayor, mientras yo cuidaba a su bebé y ella curaba también a los enfermos que atendería en sus ratos libres. Vimos un gran agujero en el suelo, que era la casita del ratoncito Pérez, enorme, puesto que tenía que guardar los dientes de todos los niños de Madrid. Vimos sobre todo muchas personas asombrosas: un par de payasos malabaristas, un africano con risa de manantial, un cantante de ópera que nos elevó desde una esquina, una viejita estrambótica que era un hada en realidad.

“¡Qué divertido!, ¿Podemos seguir jugando a esto siempre?” A D. le digo que sí, que lo recuerde, cuando esté triste o enfadada. “Si debiese tener un nombre lo llamaríamos “buscar la Luz”, ¡como hacen las mariposas!”. Le encanta el nombre y sé que D. va a recordar este juego mucho tiempo y yo seré a quien antes se le olvida.

Estamos llegando ya ante la fachada de la tienda. Es un edificio muy grande, se compone de tres plantas. Como acabo de estar entrenándome en mirar lo que no vemos, reparo en el significado de su nombre por primera vez: “Desigual”, un certero signo de los tiempos. Subimos directamente a la planta de las Rebajas, dando un rodeo absurdo, como todos los que damos hasta que acabamos haciendo lo que queremos, pero evitamos confesarnos. Aunque como ya me conozco (ventajas de hacerse mayor), no pierdo tanto tiempo y volvemos a bajar donde está la ropa de temporada que ya había visto en la publicidad que me envían puntualmente los bots-espías de mi teléfono, quienes conocen mis gustos más que mi pareja, mi madre y mi mejor amiga juntos.

D. y yo estamos debatiendo cuál es el color más bonito sin llegar a un acuerdo, cuando sucede. Lo primero que oímos es un fuerte golpe. Es el cráneo de un chico magrebí al que ha empujado contra el cristal el vigilante de la tienda. D. se pone a llorar. Los ojos del menor se giran hacia mí. Tras las pestañas largas, tiene una mirada de color caramelo, casi infantil. Le inmovilizan y continúan las palabras duras y los gestos violentos. Entonces, la dependienta que nos atiende, con las largas uñas de gel que me recordaron a Rosalía, se pone también a llorar y sus lágrimas caen despacio, como las de una niña. Nos miramos impotentes, sin saber bien qué hacer. La joven dulce del extrarradio dice que el chico ha robado una cosa pequeña, sin importancia. D., como si lo entendiera todo, responde que lo más importante son las personas. Que tenemos que buscar la Luz.

Mientras la mirada asustada del adolescente se vuelve a cruzar con las nuestras, un viejecito grita en la calle que una violencia así con un niño... ¡vergüenza debería dar! Entonces, súbitamente, comprendo que todo va a ir bien. En un instante de rebelión, la fraternidad se conjura. Más personas se van sumando, nos acercamos todos al exterior. El chico-niño nos mira agradecido y su postura se torna digna. La violencia se apaga. Esta vez ha ganado la Luz.

De camino a casa, nuevamente en el autobús, D. se adormila, por lo que tengo tiempo para reflexionar. Hoy he aprendido una lección importante: si hemos sentido una conexión tan grande, personas tan distintas en edades, clases sociales y culturas, nos hemos reconocido en profundidad...es posible que pese a las crisis que se avecinan, siempre estemos a tiempo de descubrir en nosotros ese hilo común; ese hilo luminoso que nos une, tantas veces perdido y tantas veces reencontrado en los recodos de la historia.